

EN BUSCA DE LOS HOMBRES IGUALITARIOS. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA NECESIDAD PARA EL CAMBIO. Por Juan Antonio Rodríguez del Pino

Juan Antonio Rodríguez del Pino³⁹

Departamento de Sociología y Antropología Social.

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Valencia.

juan.rodriguez@uv.es

Resumen:

Las relaciones hombre-mujer se han consolidado de forma desigual. Siendo el hombre, -desde la visión heteropatriarcal- el proveedor y la mujer, la cuidadora. En una sociedad que necesita y busca la igualdad, este modelo resulta obsoleto. Por tanto, se deben generar cambios en los hombres: empoderándolos en los valores del cuidado, valorizando elementos tradicionalmente denostados desde el patriarcado. Y ello como manera de establecer nuevos procesos de relación con la otra parte, desde la felicidad del compartir. En este sentido, presentamos una investigación llevada a cabo desde la Universidad de Valencia con entrevistas a expertos y miembros de entidades de hombres por la igualdad, donde se les interroga sobre qué es ser un hombre igualitario y si es posible su existencia o resulta una contradicción en la sociedad actual.

Palabras clave: Hombres, proveedor, cambio, afectos, igualdad

Abstract:

The male-female relationships were consolidated unevenly. Being man - from vision hetero-patriarchal - provider and the woman, the caregiver. In a society that needs and seeks equality, this model is obsolete. Therefore, we must create change in men: empowering the values of caring, valuing traditionally reviled elements from patriarchy. And this as a way to establish new processes relating to the other, from the happiness of sharing. In this sense, we present a research conducted by the University of Valencia with interviews of members of institutions equality for men, where they were questioned about what being a man equal and if possible their existence or is a contradiction in today's society.

Key words: Men, supplier, change, emotions, equal

³⁹ Licenciado en Geografía e Historia y Licenciado en Antropología Social y Cultural. Desde 2007 hasta la actualidad es profesor de la Universidad de Valencia. Investiga sobre temas de Desarrollo Local y sobre temas de Género (especialmente en Nuevas Masculinidades). Tiene diversas publicaciones sobre dichos temas: el libro Políticas de igualdad para nuevos modelos de relación, y artículos como "Políticas de Igualdad en un mundo de hombres ¿Una necesidad para el cambio?," en la Revista Prisma Social o el artículo "Cuando cae el hombre proveedor. Masculinidad, desempleo y malestar psicosocial en la familia. Una metodología para la búsqueda de la normalización afectiva" en la revista Masculinidad y Cambio Social, con respecto al tema de género; y la obra colectiva Nuevos escenarios para el desarrollo local: Políticas de empleo, innovación y responsabilidad territorial, en el ámbito del Desarrollo Local. También es miembro del Grupo de Investigación en Desarrollo Territorial (GRIDET) y del Colectivo feminista Transformación.

“No existe un mandato biológico o evolutivo que a sólo a las mujeres les importen los bebés y muestren más emociones, o que los hombres sean mejores en la economía y la política y prefieran la cerveza (...). Es la fuerza de los mitos sociales sobre los sexos.”

Agustín Fuentes.

Race, Monogamy, and Other Lies They Told You.

1. La división por géneros. ¿Es una construcción perfecta?

La distinción por géneros, tal y como los conocemos, resulta un hecho social y así lo han visualizado desde el feminismo (Beauvoir, 1949, Lagarde, 2005, Butler, 2007...). Podemos afirmar que ese constructo (artefacto) social es construido y se desarrolla por y en la interrelación entre los individuos (Berger y Luckmann, 1968), ofrece un entorno social donde cada uno de ellos ejerce diversos roles según esté en un contexto u otro (Goffman, 1993).

Pero esta construcción social que muestra sus fallas, ha resultado sumamente útil para mantener una estructura de dominación, de ahí su mantenimiento. Como indica Teresa Agilar, “El sistema sexo-género hace referencia a las formas de relación establecidas entre mujeres y hombres en el seno de una sociedad. Analiza las relaciones producidas bajo un sistema de poder que define condiciones sociales distintas para mujeres y hombres en razón de los papeles y funciones que les han sido asignadas socialmente y de su posición social como seres subordinados o seres con poder sobre los principales recursos. Nuestras actuales sociedades occidentales están sujetas por un sistema sexo-género que sostiene una relación desigual de poder entre mujeres y hombres” (Aguilar, 2008: 4).

Judith Butler (2007) subraya la idea según la cual el género no es una esencia, ni algo inmutable y acabado, sino un proceso que se desarrolla a partir de la diferencia sexual y de otros factores sociales (clase, raza, etnia, edad...), a través de formas de vida, de formas de pensamiento, de actos y de conductas. De ahí, el vínculo indudable entre esa actuación teatral y por tanto la interpretación de guiones diferentes en la escena pública. Gil Calvo (2006) alude, en este sentido, a la existencia de máscaras que permiten a los hombres interpretar diversos papeles: de héroes, patriarcas y monstruos en la vida social cotidiana.

En esa atribución de papeles sociales, roles diríamos aquí, Molina, afirma que el género además de describir un sistema de relaciones sociales jerárquicas -basadas en la diferencia sexual y construida a través del parentesco-, también funciona como un *sistema simbólico* que asigna significados a los individuos dentro de una misma sociedad. En este sentido, los roles sexuales se establecen como normativos que determinan lo que es <masculino> y lo que es

<femenino>. El género se convierte, por tanto, en un *criterio de identidad* (Molina en Amorós, 2000: 274).

2. ¿Qué es ser hombre antes y ahora?

Elisabeth Badinter (1993), se preguntaba: ¿Qué es un hombre? e intentaba responder afirmando que no era algo natural sino más bien una construcción simbólica y difícil de mantener en sus valores esenciales.

Si se mantiene esta situación "artificial" es porque en líneas generales, los hombres se sienten cómodos en su estado, tal y como afirma Pierre Bourdieu:

La naturalización de la dominación masculina está basado en un orden preestablecido por una parte de la población y "*la fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra (como diríamos: siempre ha sido así...) y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarlas.*" (Bourdieu, 2000: 22)

En general la feminidad viene determinada por procesos fisiológicos que indican en la sociedad cuando se deja de ser una niña y se pasa a ser una mujer de manera natural, sin indicadores externos.

La masculinidad hegemónica enraizaría con lo que se ha venido en denominar Patriarcado, y así para Carlos Lomas, "La virilidad se define así antes por lo que no es o por lo que no desea ser que por lo que en realidad es o desea ser. La identidad masculina nace de la oposición a lo femenino y no de la vindicación de lo específicamente masculino." (2003)

Por esta razón vislumbramos, en cierto modo, algunas características que distinguen supuestamente al hombre en oposición a la mujer. Ello constituye los conocidos como estereotipos, es decir, una forma de ser que ha de ser repetida para configurar una identidad y que desde diversos frentes sociales en ocasiones se fomenta: la escuela, la familia, la televisión... El problema de este modelo normativo de hombre viene referido en contraposición al modelo normativo de mujer y así se plantea una bilocación.

2.1.- ¿Cómo reconocemos al hombre "de verdad"?

Desde esta lectura (parcial e interesada), la masculinidad se ha ido definiendo por lo que no es, y así, los hombres *de verdad* no son ni femeninos, ni homosexuales. O sea, no son inferiores ni subordinados sino superiores y dominantes.

Las características que autores como Cazés (1996) destacó de este modelo idealizado y normativo de hombre hegemónico y patriarcal, son, por desgracia, en multitud de ocasiones observadas a diario, entre ellas:

- ✓ Los hombres y las mujeres son diferentes por razones naturales y por eso hay desigualdad: los hombres son superiores a las mujeres; a la vez que son superiores a cualquier hombre que no cumpla los mandatos de la masculinidad dominante ni acepte los estereotipos culturales de la virilidad tradicional.

- ✓ Las tareas, actividades y conductas identificadas como femeninas no son propias de realizarlas los hombres.
- ✓ Los hombres no deben sentir, ni expresar en público, emociones que tengan alguna semejanza con las que habitualmente se entienden como femeninas. Por el contrario, aguantar el dolor y mostrar valor, de forma temeraria, constituyen atributos propios de los hombres.
- ✓ La voluntad de dominio, el afán de triunfo y el deseo de ejercer el poder sobre los demás constituyen atributos de la identidad masculina.
- ✓ Los hombres son los proveedores de la familia y el trabajo fuera del hogar constituye un derecho y un deber exclusivos de la masculinidad.
- ✓ La compañía masculina es preferible a la femenina salvo en la intimidad sexual.
- ✓ El ejercicio del poder sexual sobre las mujeres constituye para un hombre *de verdad* tanto una forma de mostrar la superioridad masculina como una manera de exhibir ante otros hombres la falacia de una virilidad infalible.

Pero lo cierto es que todos esos supuestos mandatos ineludibles, son por un lado difíciles de asumir en su totalidad, y esto se debe a que no existe ningún hombre que reúna la totalidad de estas características: es, por tanto, una idealización. Y por otro lado, mantener o, al menos, intentar alcanzar esa idealización resulta cuanto menos agotador, sin que además ello reporte nada específico.

2.2.- Hombres no tan “perfectos”

La realidad cotidiana nos demuestra que no hay un único modo de ser hombre. No existe una sola masculinidad, sino que la masculinidad es múltiple y, por tanto no hay una sola masculinidad sino que hay masculinidades. Hay diferentes formas de encarnar una posición identitaria, de hacerla propia, de readaptarla, de articularla... se rearticula todo el modelo de hombría asociada a la nueva sociedad industrializada y democrática que había en occidente; y ahí va a aparecer una idea de hombría que, eso sí, sigue muy presente a día de hoy.

Lo que nos vamos a encontrar son distintas rearticulaciones de ese modelo y, ahí es donde está la diferencia teórica, seguir pensando en un único modelo de masculinidad nos juega como trampa, no nos permite ver qué, Jeff Hearn (1998), plantea que quizá más interesante que seguir describiendo que es ser un hombre, sea el perseguir cómo los hombres están expresando su masculinidad en diferentes contextos.

Desde un punto de vista Antropológico, podemos afirmar que existen tantos modelos de hombres como culturas existen en la tierra, tal y como afirma David Gilmore (1994). En las culturas donde los hombres y las mujeres mantienen diferencias, existen relaciones de poder y de dominio, generalmente en estas culturas el hombre debe pasar algún tipo de prueba, de “rito de paso” para convertirse en un “hombre de verdad”.

La conclusión a la que llegan diversos autores, Gilmore (1994), Kimmel (2004), García (2008)... es que los hombres se sienten inseguros, por eso deben de estar demostrando continuamente su hombría. Así, las relaciones de dominio y diferenciación de las culturas patriarcales, están muy extendidas en el mundo pero no son universales.

En definitiva, la identidad masculina, en todas sus versiones, supone un aprendizaje y, por tanto, también es posible su modificación en la medida en que las personas (incluidos los hombres) son sujetos activos en los procesos de construcción social de sus identidades humanas y, por tanto, capaces –en mayor o menor medida– de apropiarse de identidades diversas en el contexto de las prácticas sociales en las que están inmersos.

2. 3.- El hombre proveedor como sinónimo de hombre efectivo

Una de las pocas cosas transversales que tiene que ver con una cierta posición psicosocial para distinguir hombres y mujeres, ha tenido históricamente el concepto de autonomía; tener una posición de poder, tener una posición de autoridad. Y esto es lo que hace complejo analizar las masculinidades: lo que termina siendo un hombre es el resultado de una relación, una relación siempre de poder.

En este sentido, el patriarcado sería la estabilización de esas relaciones desequilibradas; las posiciones masculinas y femeninas son absolutamente visibles; hizo ver el género como que nada iba a cambiar, todo estaba cerrado, el patriarcado a día de hoy lo vemos en articulaciones, en campañas y tiende a dar una imagen cerrada de las relaciones de género y al partir y establecer la desigualdad, parece que la desigualdad siempre es la misma.

La posibilidad o no de poseer autonomía económica, ha marcado la gran diferenciación entre hombres y mujeres. Y así, el control patriarcal se podía visualizar en quien proveía, como señala Borderías:

El modelo de ciudadanía se ha construido a partir de la presencia en el mercado de trabajo a tiempo completo de los sujetos masculinos adultos, los únicos a los que se reconoce como titulares de pleno derecho. Condición que atribuye a esos sujetos masculinos el deber de ser cabeza de familia y principal proveedor de ingresos, y excluye a las mujeres al atribuirles el deber de ser cuidadoras de las personas del hogar-familia. (Borderías, 2011: 44)

Este modelo se ha asentado desde las culturas occidentales y se ha extendido a todo el planeta, como una verdad incuestionable e inmutable. Pero el modelo asentado, el patriarcal, ha demostrado su fracaso al desarrollar una sociedad no igualitaria. El patriarcado muestra una cierta concepción del amor, una cierta concepción del individuo, una cierta concepción de la sexualidad, una cierta concepción de la familia... Pero la realidad es poliédrica, no se puede encasillar en un único modelo. Además, desde un punto de vista más antropológico se observa que las sociedades que son sexualmente más igualitarias (existen algunas en el Pacífico Sur) resultan menos violentas y más cooperativas, más solidarias.

3. Cambiar el paso.

La historia nos demuestra que las minorías no pueden, no deben, gobernar a la totalidad (el ejemplo más claro y reciente podría ser el sistema del Apartheid de Sudáfrica) y cuando lo hacen resulta un sistema viciado. Esta es la base de la violencia social que ejercen los hombres sobre las mujeres, debido a que el patriarcado estimula y fomenta maneras de

violencia cotidiana para demostrar y “consolidar” el poder del grupo de control, generando en todas las edades y en todos los grupos sociales una pirámide de violencia.

Lo cual nos mueve a pensar que si es necesario continuamente afianzar el control sobre las mujeres se deberá a:

- que es un control injusto;
- que no está tan consolidado y arraigado como quiere aparentar.

La realidad nos muestra que las mujeres cambian como cambia la sociedad y que ciertos hombres no entienden esos cambios, se han quedado anclados en un pasado idealizado e imposible de mantener.

Puesto que la masculinidad es un requerimiento de algo que sabemos que no podemos cumplir, por tanto es una pugna, es una muestra continua de tics, o de gestos, o de performances que nos permiten expresar que somos aquello que se espera que seamos, sabiendo todos que nunca lo somos que somos un poquito fracaso como varones.

La humillación es lo que está en el centro de la relación con importantes consecuencias, el miedo a la humillación, la amenaza de la humillación es lo que hace que seamos más agresivos, y toda una serie de rasgos psicosociales. Hay un sentimiento de seguridad que a cualquiera nos da pavor perder (García, 2008)

Parece que la masculinidad es transparente, que no se ve, por tanto no se habla. Pero la masculinidad es incómoda, se está empezando a vivir de un modo muy incómodo para mucha gente, para muchos hombres.

3.1.- Lo afectivo como motor de cambio

Se está empezando a valorar el elemento afectivo como un instrumento de empoderamiento masculino. Tal y como señala Angels Carabí, quien afirma que la clave estaba en que se empodere al hombre en aquellas cosas que hasta ahora no valoraba. Qué el hombre observara el cuidado, la sensibilidad y los demás elementos tradicionalmente atribuidos a las mujeres, como fuente de poder, de valor.... Y vivir esa situación con felicidad. (en Rodríguez, 2013)

Según Carabí, cuando se ejercen cuidados, por ejemplo a un niño o niña, se tiene el poder de transmitir... transmitir conocimientos, valores... y ese es un elemento poderoso del cual los hombres no se dan cuenta, no aprecian porque no conocen (2008).

En el momento en que aprendan y disfruten valorando lo que antes despreciaban como algo propio de mujeres, lograrán empoderarse.... Y ello facilitará la igualdad real puesto que no existirán actividades más o menos importantes sino que todas son valorables en su contexto. Asumiendo estos valores no como fracaso (que es como se vislumbra en la actualidad) sino como un triunfo. Como conquista de un nuevo espacio frente a unos valores que nos intentan encadenar con el pasado.

4. ¿Y los que saben qué dicen?

A través de una investigación llevada a cabo en la Universidad de Valencia desde 2012, se ha procedido -entre junio y diciembre de 2013- a establecer un diálogo entre la Militancia de hombres por la igualdad y la Academia. Es decir, interrogando a expertos que trabajan o han trabajado el tema del género y/o la masculinidad a través de diversas entrevistas individualizadas. Ello ha permitido extraer una serie de categorías con respuestas y posicionamientos diversos:

Inicialmente, desde el posicionamiento militante de los miembros de entidades y asociaciones que trabajan con y por los hombres y la igualdad, se observa una cierta mirada al respecto bien sea por la realidad social existente la cual no resulta favorecedora de estos cambios; bien sea por la respuesta que los hombres en líneas generales dan.

Un primer punto de conflicto que surge es la diferenciación hombre-mujer y privado público. En este sentido, es importante recoger las palabras de Fernando Fernández-Llebrez de la Universidad de Granada y co-autor del manual *Por los buenos tratos*, cuando afirma que: “sólo habrá igualdad, el día en que la mujer se pueda incorporar al ámbito público y, al mismo tiempo, los hombres nos incorporemos al ámbito privado y todo ello sin que la mujer renuncie a su espacio privado ni que el hombre renuncie a su espacio público”.

Como se puede observar, y así lo destaca Fernández Chagoya para el caso de México, -que resulta muy similar al español-, “Se aprecia una preocupación por su rol actual a merced de los cambios que ha tenido el mundo a partir de que las mujeres se insertan de lleno en lo considerado público y, a su vez, se presentan también atentos a lo que es considerado privado: lo doméstico, lo afectivo, las emociones. Pareciera que a partir de los cambios en las representaciones de mujer, los varones buscaran un cambio en sí mismos, en su auto-representación” (Fernández, 2014: 38)

Posteriormente, cuando se les preguntó sobre la existencia o no de hombres igualitarios y los elementos que los caracterizaban, las respuestas, en general, resultaron ser moderadas.

Así, para Jesús Gasent del *Centro Espacio de hombres*, a pesar del proceso de replanteamiento individual y colectivo que algunos hombres pueden hacer, el peso que adquiere, socialmente, el aportar o no aportar de manera económica en el entorno doméstico, sigue siendo un elemento clave y, a su vez, distanciador: “ha surgido, como mínimo de un cuestionamiento personal. A partir de ahí surge la posibilidad de replantearte. Entonces, ya no es un aspecto teórico-filosófico o existencial, sino que a partir de una crisis personal, hay un replanteamiento bien a nivel de pareja, bien a nivel de hombre”

De ahí se pasó a preguntarles por cuales eran las características que definían a un hombre igualitario. Las respuestas fueron diversas. Así, existía desde el posicionamiento más positivista como el de Juan Manuel Torres, de *Stop Machismo y Foro de hombres* quien afirmaba que era la persona que observaba la injusticia de la sociedad actual y busca cambiarla renunciando a los privilegios con los que se les ha dotado por el mero hecho de ser hombre.

Frente a esta postura encontramos otras más cautas como la que indica Erik Pescador, de la Red de Hombres por la Igualdad, quien espeta que: “me tienen que presentar todavía a un hombre igualitario. Puedo entender lo que sería un hombre pro-igualitario. Pero igualitario, igualitario, de esos de verdad, de libro, yo no creo que exista. Estamos todavía en el proceso, por qué están tan arraigados los mecanismos vitales, más en lo sutil que en lo evidente, seguimos encontrando a cada paso, nuevos espacios de microviolencias, micromachismos, no tan evidentes como pueden verse en otros casos, pero siguen existiendo esas formas tradicionales de poder expresadas de una forma muy sutil”.

Para concluir Jesus Gasent, observa una posible solución cuando indica que la clave está en dotar al hombre de la parte negada tradicionalmente de lo emocional: “los hombres podemos bajar del intelecto a lo emocional. En el momento en que podemos poner palabras a lo que sentimos, a lo que pensamos, abres la posibilidad a comunicarte y a relacionarte de otra manera”

Para Antonio García, profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, al hablar de los hombres igualitarios, distingue entre los discursos y las prácticas y así afirma: “a un hombre igualitario le caracteriza tener relaciones igualitarias. Aquí me pongo pragmático absolutamente. Quizá es que ya he visto demasiada gente que se cuenta como igualitaria y creo que no lo es”

Desde un punto de vista más inductivo, Juan Fernández, Catedrático de Psicología, también de la Universidad Complutense de Madrid, señalaba que frente al hombre que sólo mira por su interés y placer, “el varón más igualitario, es el que tiene en cuenta el desarrollo de la mujer e incluso, si hay desfase. No está centrado sólo en su apetencia sino que también tiene en consideración la apetencia de la mujer, es otro hombre distinto”

Fernández-Llebrez, indica la importancia en ese camino hacia la igualdad de los cambios en el entorno desconocido de lo privado: “El hombre, al incorporarse a la vida privada implica incorporar aquellos valores intrínsecos a esa vida privada que tiene que ver con la cotidianeidad y que lo podríamos resumir en los valores del cuidado. Pero para poder hacer eso hay que no identificar los valores del cuidado sólo con valores femeninos. Porque si no, lo que estás pidiéndole al hombre es una conversión y lo rechazará”

5. A modo de conclusión.

Hemos hablado de masculinidades (en plural) puesto que el "hombre no es unidimensional" (Rodríguez, 2013). No existe un único modelo de hombre, no existe ese "hombre de verdad" puesto que todos lo son, desde el homo hasta el heterosexual padre de familia modelo occidental, pasando por el igualitario. Las diferencias son un constructo psico-socio-cultural, es decir, producto del carácter, del contexto social y de la cultura en la que mujeres y hombres se encuentran inmersos. Se adquiere por tanto por aprendizaje, bien por aprendizaje directo ya sea el condicionamiento educativo, como indirecto, por ejemplo, la imitación.

En definitiva, para que opere un cambio real en los hombres se deben de producir una serie de acciones a seguir que Bonino enlista: “Permitirse ser disidentes de la masculinidad

hegemónica; no temerle al cambio y practicarlo; deslegitimar el uso monopólicos de los derechos “masculinos” que los varones se resisten a ceder; crear y desarrollar deseos de cambio para la igualdad, nuevos ideales, nuevas identidades no rígidas – inclusivas y no excluyentes –, nuevos intereses no patriarcales que tengan en cuenta el bienestar y el desarrollo compartido; saber que los cambios no se hacen “por decreto”, sino que requieren un proceso al cual muchos varones no son afechos; saber que el cambio no puede ser de comportamiento, sino de posición existencial que supone nuevos modos de situarse ante la realidad de la relación entre géneros; y finalmente, tener conciencia que el comienzo del cambio no garantiza su continuidad. Que aún queda mucho por hacer, y que en lo personal se requiere siempre una continua vigilancia para tomar distancia de la masculinidad tradicional, no repetir hábitos desigualitarios y para que el discurso no se disocie de la práctica” (Bonino, en Lomas Carlos, 2002, p. 23).

Es evidente que lograr el cambio, no es una tarea sencilla ya que sólo es posible si el hombre entiende, como señala Carabí, que no tiene otro enemigo más que sí mismo, o mejor dicho, la herencia de un determinado modelo de sí mismo. Por otro lado, no es una opción simple porque el peso de lo simbólico en lo social y del imaginario masculino aún dominante en los hombres es mayor de lo deseable y oponerse a las formas hegemónicas de la masculinidad tiene aún un escaso valor de cambio y un alto coste en la mayoría de los contextos sociales.

6. Bibliografía:

AGUILAR, T. (2008), «El sistema sexo-género en los movimientos feministas», AMNIS. Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques. 8: 1-11. En línea: <http://amnis.revues.org/537>

AMORÓS, C. (coordinadora) (2000), *Feminismo y filosofía*. Madrid, Editorial Síntesis.

BADINTER, E. (1993), *XY La identidad masculina*. Madrid, Alianza Editorial.

BERGER, P., LUCKMANN, T. (1968), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

CARRASCO, C., BORDERIAS C., TORNS, T. (eds.) (2011), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid, Catarata.

BOURDIEU, P. (2000), *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.

BUTLER, J. (2007), *El Género en disputa. El Feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós.

CARABÍ, À., ARMENGOL, J. M. (2008), *La masculinidad a debate*. Barcelona, Icaria.

CAZÉS, D. (1996), «Hombres del siglo 21: visiones y prácticas de la paternidad». Trabajo presentado en las *Jornadas de Paternidad* organizadas por el Colectivo de Hombres por Relaciones igualitarias. México. (Archivo del autor).

FERNÁNDEZ, M. (2014), «tendencias discursivas en el activismo de varones profeministas en México: Algunas provocaciones a propósito del “cambio” en los hombres» *Conexoes Psi*. 2 (1): 31-56.

GARCÍA, A. (2008), «¿Qué les pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias en la modernidad tardía» *Arxius*. 19: 41-51.

GIL, E. (2006), Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos. Barcelona, Editorial Anagrama.

GILMORE, D. (1994), Hacerse hombre, concepciones culturales de la masculinidad. Barcelona, Paidós.

GOFFMAN, E. (1993), La presentación de la persona en la vida cotidiana. Buenos Aires, Amorrortu editores.

HEARN, J. (1998), «Theorizing men and men's theorizing: Varieties of discursive practices in men's theorizing of men». Theory and Society. 27: 781-816

KIMMEL, M., ARONSON, A. (2004), Men & masculinities, a social, cultural and historical encyclopedia. Santa Barbara, ABC-Clio Press.

LOMAS, C. (Compilador). (2003), ¿Todos los hombres son iguales?: Identidades masculinas y cambios sociales, Barcelona, Paidós.

RODRIGUEZ, J. A. (2013), «El hombre unidimensional desestructurado», Barataria. Revista Castellano-Manchega de ciencias sociales, 16: 97-106